



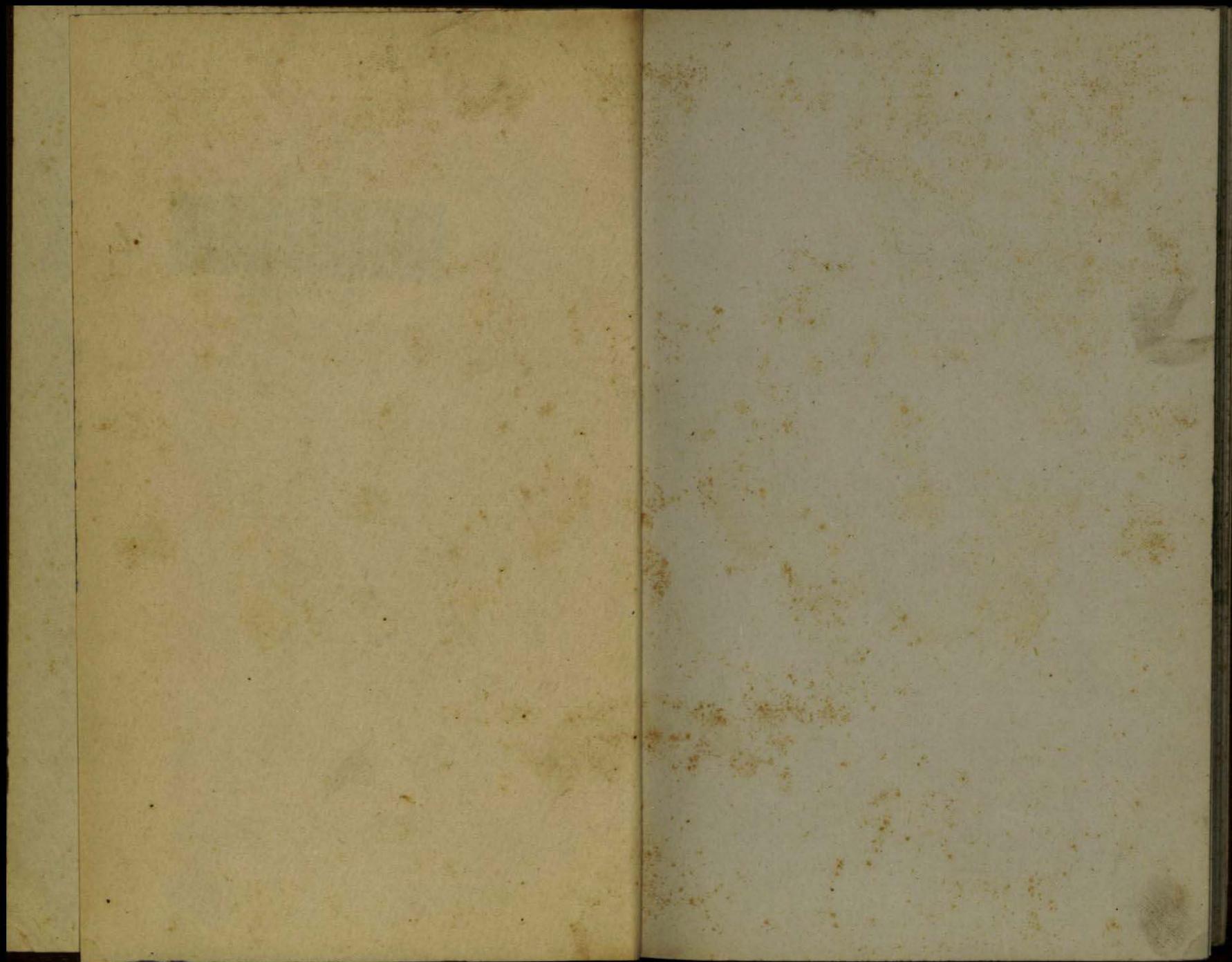
TAMIRA
GUERRA
ACTUAL
LA OPINION
ESPAÑOLA

D621
.S7
A4

R. C.



1020024985



LA GUERRA ACTUAL
Y LA OPINIÓN ESPAÑOLA



85973

RAFAEL ALTAMIRA

LA GUERRA ACTUAL

Y LA OPINIÓN ESPAÑOLA



CASA EDITORIAL Y LIBRERÍA ARALUCE

:: CORTES, 392 :: BARCELONA

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

16828

940
A.

D621
.57
Δ4

ES PROPIEDAD

A la memoria de

Gabriel Monod,

*espíritu ecuaníme, gran maestro de
civismo.*

PRÓLOGO

Este es el libro de un pacifista, es decir de un hombre que si no estima fácil y próximo concluir con la guerra, abomina de toda violencia, colectiva o no, y cree que todos tenemos el deber de trabajar porque algún día se haga imposible o muy rara en las relaciones entre los pueblos. Es por tanto, este, un libro de paz, y también de sinceridad y de serenidad.

Tal vez no lo estimen así los que confunden el pacifismo con la indiferencia en punto a la razón y el derecho que en todo conflicto existen necesariamente, de parte de alguien, a lo menos en lo fundamental. Pero ese juicio sería un error. Se puede desear sinceramente, ardientemente, que la guerra no se produzca, y a pesar de

ello (también, a veces, por ello mismo, pensando, no ya en la guerra que no puede evitarse, sino en las que cabría lograr que no estallasen en lo futuro), tener opinión clara, decidida, y franqueza para confesarla, en punto a los términos en que está planteado un conflicto y a la razón que asiste, o no asiste, a cada uno de sus factores.

El pacifista desearía siempre que no hubiese guerra; votará siempre por la neutralidad de su país, si no ha sido ya arrastrado inicialmente a la lucha; hará lo que pueda por que ésta termine pronto; pero necesitaría dejar de ser hombre, y hombre de reflexión y sentido jurídico, si no acertase a formar juicio sobre los hechos que a su pesar se produjeron y sobre las posiciones e intenciones diferentes de los beligerantes. Otra cosa sería, también, colocarse en un terreno puramente "ideal", que suele decirse, esto es, utópico; y el presente libro aspira a ser práctico y a no separar-

se del terreno que la realidad impone a todo observador.

Como el autor no interviene en la política activa de su país, ni acude a los centros llamados políticos, ni frecuenta la casa de ningún personaje, es seguro que ignora algunos motivos o pareceres que solo en esos sitios se oyen, o a lo menos, que allí se explican menuda y hondamente. En esto, tendrá vacíos el libro. Pero el autor no se propuso escribir una historia, ni siquiera una exposición detallada de la actitud del Gobierno y de los partidos españoles en el conflicto actual, sino, puramente, el resultado de sus observaciones de espectador, interesado, como todos, en este tremendo problema que la guerra significa para beligerantes y neutrales. Principalmente ha querido explicar la razón de ciertos hechos fundamentales en nuestra actitud (neutralidad, corriente favorable a los aliados etc.), que le parecen mal conocidos

fuera de aquí, y que tal vez ofrecen dificultades, en su motivación interna, para ser comprendidos sin molestia de España. Su patriotismo ha querido contribuir a que se desvanezcan equívocos que no pueden menos de perjudicarnos.

En esa explicación, ha sido franco. No podía ser de otro modo, en ningún momento; pero ahora se lo exige con mayor fuerza la gravedad del conflicto y de la hora presente, en que todos tenemos que perder si caminamos con hipocresías y con miedos injustificados. Por esa franqueza, quizá algunos lectores opinen que este libro es algo desconcertante, dado que contiene cosas amargas para tirios y para troyanos.

Esperemos que, cuando menos, nuestros amigos, sabrán no dolerse de ellas y estimarán preferible encontrar una ruda sinceridad y una serena independencia en quien desinteresadamente está a su lado, que la adula-

ción o el silencio, no siempre prendas de adhesión segura. Las buenas amistades, las cooperaciones fructíferas, sólo pueden vivir con la mayor franqueza en punto a las quejas respectivas. No es buen compañero de camino en la vida quien se las calla, pero guía su conducta por el enojo de ellas en vez de decir las: único modo de averiguar qué fundamento tienen, o de mover a la rectificación de sus causas, tal vez hijas de precipitación y no de mal deseo.

Al explicar esos hechos relativos a nuestra actitud, en la parte que se refieren a las opiniones sobre la justificación de los diversos beligerantes o a los motivos de simpatía que cada grupo de ellos puede ofrecer para nosotros, el autor no solo ha perseguido el fin que antes se dice, esto es, el desvanecer equívocos o leyendas (cuando menos, extrañezas y dudas) que al parecer existen ya en otros países, sino que también ha querido

poner claramente a la vista los motivos, a su juicio fundamentales, en que se basa una gran parte de la opinión propicia a los aliados, opinión principalmente "liberal", pero también de muchos hombres independientes de diversa orientación política. Algunos de esos motivos se han expuesto desde comienzos de la guerra y nadie los ignora; otros, quizá han quedado en segundo término, no obstante importar mucho que se les cuente en la apreciación total de una de las actitudes de nuestro país cuya existencia se llegó casi a negar en los primeros meses.

Al determinar esos motivos e insistir en el desinterés del que considera como piedra angular de ellos, el autor ha insistido también en la imparcialidad que les acompaña respecto de todas las cosas de la vida de los beligerantes que no tocan directamente al conflicto actual, es decir a la guerra, a sus causas inmediatas y

al propósito que en ella cada uno persigue. También esa imparcialidad—que tiene sus cultivadores en los mismos países combatientes, por lo menos, en algunos de ellos,—cree el autor que será estimada en todo lo que vale y significa, dado que todo hombre razonable preferirá tener amigos desapasionados, que estiman lo bueno de los enemigos (por que eso le da garantía de que la aprobación de lo suyo es firme y razonada), como también le conviene que sus contrarios sean gentes capaces de hacerle justicia en todo lo que excede del punto de contrariedad.

Por último, ha querido el autor excitar a sus compatriotas en favor de aquel concurso que estima hacedero y práctico en las actuales gestiones pacifistas. No se le oculta la sonrisa de desdén con que siempre—y ahora más—han solido acogerse las «fantasías» pacifistas. Pero, de un lado, sabe (como todo el mundo) que mu-

chas realidades presentes fueron tiempo ha, fantasías; y también que lo puesto bajo el poder del hombre, el hombre mismo puede cambiarlo; y de otro, opina (¿quien no opinará lo mismo?) que lo bueno debe predicarse y procurarse siempre, por muy lejana que se considere su realización. Además, ruega a sus lectores, aún a los más escépticos en materia pacifista, que no anticipen juicios. Cree tener el suyo bien ponderado en esta materia, y por ello no propone si no cosas «prácticas» dentro del vastísimo programa posible. Hasta conocer cuales son, pide que no se sentencie contra ellas; y si hecho el examen resultan tan posibles y eficaces como a él le parecen, abriga la esperanza de que su llamamiento será oído por hombres de todas filiaciones, que pueden muy bien juntarse en este terreno común; pues, no obstante nuestros apasionamientos, él cree a sus compatriotas capaces, en mucha mayor

medida de lo que esos apasionamientos parecen autorizar, de oír la voz de la razón y obedecer a impulsos humanitarios y de colaboración sincera, en cosas cuya bondad no puede menos de reconocer todo espíritu generoso. Y aunque nos empeñemos en calumniarnos a nosotros mismos, esa especie de espíritus es en España, todavía, abundante. Muy grave sería desmentirlo ahora.

R. ALTAMIRA.

Madrid, 31 Marzo, 1915.